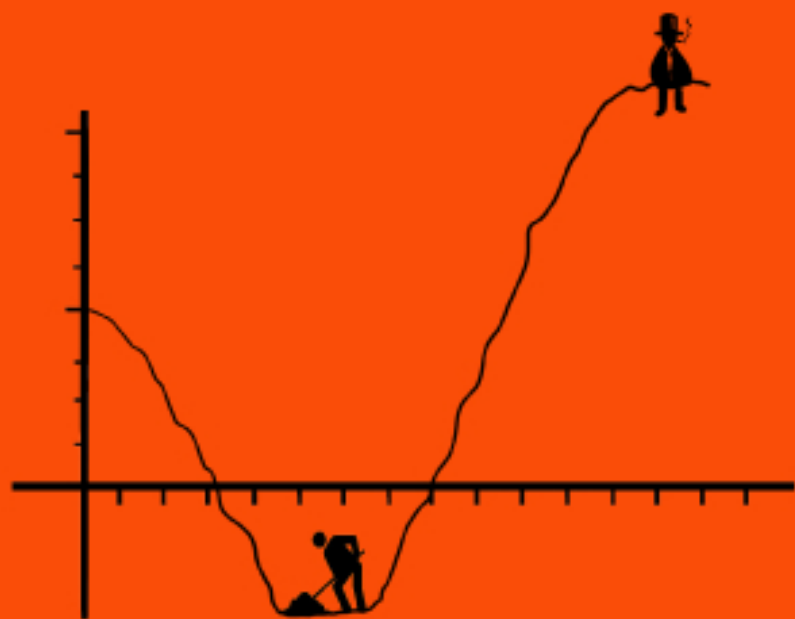


cuadernos

INHUMANOS E INFRAHUMANOS



201

José Ignacio González Faus

INHUMANOS E INFRAHUMANOS

José I. González Faus

PRÓLOGO	5
I. VAROUFAKIS: PROMESAS Y PELIGROS DE LA ECONOMÍA	7
1. Funcionamiento de nuestra economía	7
2. Amenazas	14
II. CONFRONTACIÓN DE VALORES: REFLEXIÓN BÍBLICA	23
1. «Uno solo es vuestro Padre y todos sois hermanos» (Mt 23,8-9)	23
2. «Los creó a imagen de Dios y les dijo: cuidad la tierra». «Si coméis del árbol de lo humano seréis igual a Dios» (Gen 1,27-28 y 3,5)	24
3. «La codicia es idolatría». «es imposible servir a Dios y al dinero privado» (Col 3,5 y Mt 6,24)	25
4. «La raíz de todos los males es la pasión por el dinero» (1Tim 6,10)	26
5. «Dichosos los pobres con Espíritu» (Mt 5,3)	27
6. «En Cristo Jesús ya no hay varón ni mujer, obrero ni patrón, creyente y no creyente» (Gal 3,28)	28
7. «Tienes ante ti la vida y el bien, la muerte y el mal. Tú debes elegir» (Deut 30,15-19)	29
NOTAS	31
CUESTIONES PARA LA REFLEXIÓN	33

José Ignacio González Faus. Jesuita. Miembro del Área Teológica de Cristianisme i Justícia. Entre sus obras, cabe destacar *La humanidad nueva. Ensayo de cristología* (10ª ed. 2016); *Acceso a Jesús* (9ª ed. 2000) o *Proyecto de hermano, Visión creyente del hombre* (3ª ed. 2000). Sus últimos libros son: *El rostro humano de Dios* (3ª ed. 2015), *Otro mundo es posible... desde Jesús* (2009), *Herejías del catolicismo actual* (2013) y *Confío. Comentario al Credo cristiano* (2014). Escribe habitualmente en *La Vanguardia*. Es autor de numerosos cuadernos de Cristianisme i Justícia

Edita: Cristianisme i Justícia - Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona
Tel.: 93 317 23 38 - E-mail: info@fespinal.com - www.cristianismeijusticia.net
Imprime: Ediciones Rondas S.L. - Depósito Legal: B 22963-2016
ISBN: 978-84-9730-383-5 - ISSN: 0214-6509 - ISSN (virtual): 2014-6574

Impreso en papel y cartulina ecológicos - Dibujo de la portada: Roger Torres
Edición: Anna Pérez i Mir - Revisión y corrección del texto: Núria García Caldes
Maquetación: Pilar Rubio Tugas - Noviembre 2016

Protección de datos: La Fundación Lluís Espinal le comunica que sus datos están registrados en un fichero de nombre BDGACIJ, titularidad de la Fundación Lluís Espinal. Sólo se usan para la gestión del servicio que le ofrecemos, y para mantenerlo informado de nuestras actividades. Puede ejercitar sus derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición dirigiéndose por escrito a c/ Roger de Llúria 13, Barcelona.

La primera parte de este cuaderno es una exposición del reciente libro de Yanis Varoufakis, *Economía sin corbata. Conversaciones con mi hija*,¹ con algunas reflexiones propias de carácter antropológico. No sé ya qué es de cada cual. El lector podrá suponer que lo específicamente económico, así como buena parte del armazón del presente Cuaderno, procede del economista griego. La degradación –o conflicto– de valores, que puede resumir la primera parte, da pie a las reflexiones teológicas de la segunda.

Varoufakis expone algunas intuiciones económicas con lenguaje claro y sencillo, echando mano pedagógicamente de mil ejemplos de nuestra literatura y nuestro cine. Por eso, o debido al género epistolar que utiliza, por medio de cartas enviadas a una hija de quince años, podría dar la impresión de que se trata de unas intuiciones inconexas. Para que pueda percibirse mejor la unidad de la obra, mi presentación buscará resaltar su carácter sistemático.

Creo que el libro descansa sobre tres pilares, tres tesis fundamentales de las que brota toda la exposición:

1. Solo hay economía, en el sentido moderno del término, cuando comienza a haber producción y la sociedad ya no vive de lo que la tierra da espontáneamente, o de la caza inmediata.

2. Con la producción, los valores de uso y los valores inmateriales van convirtiéndose en mercancías, que valen porque se intercambian y así terminan reducidos a valores de cambio, hasta ser estos prácticamente los únicos valores reales.² De este modo, las mercancías tienden a convertirse en algo sagrado mientras todo lo sagrado va convirtiéndose en mercancía.

3. Así se va pasando poco a poco de sociedades *con* mercado a sociedades *de* mercado (o sociedades-mercado). Esta distinción me parece fundamental en el texto de Varoufakis y procuraré hacer que aflore a lo largo de mi exposición.

Y a estas tres tesis fundamentales, le sigue una consecuencia que conviene explicitar como cuarta tesis:

4. Este modo de funcionar tiene, a la vez, grandes ventajas y terribles inconvenientes. Su problema es que unas y otros no afectan a las mismas personas. Montamos las cosas de forma que las ventajas las disfruta una minoría de privile-

giados mientras que los inconvenientes afectan a una mayoría de desesperados. Con ello los privilegiados se deshumanizan porque solo conocen valores de cambio; y aquello que nos hace verdaderamente humanos (la razón, la igualdad y la solidaridad) no son valores de cambio sino valores de otra clase. Y los empobrecidos se deshumanizan también: porque solo viven braceando desesperadamente, para no ahogarse en un inmenso mar de necesidades materiales. Y sin embargo, aun prescindiendo de la dimensión creyente, la vida tiene dimensiones de una profundidad y una riqueza increíbles por las que nosotros pasamos «surfeando» sin casi conocerlas. La humanidad se divide así en inhumanos e infrahumanos, como ya dijera san Juan Crisóstomo.³

Productividad, valores, mercado, desigualdades, constituyen una especie de «prueba del 9» (ahora «prueba de los 4»), que nos permite juzgar la corrección y valor de todo sistema económico. Vamos a aplicarla al libro de Varoufakis, siguiendo el orden de sus capítulos.

I. VAROUFAKIS: PROMESAS Y PELIGROS DE LA ECONOMÍA

Casi contemporáneo de la famosa obra de Piketty,⁴ aparece el libro de economía de Yanis Varoufakis, que comienza buscando el porqué de tantas y tan enormes desigualdades. Este era, según Piketty, el verdadero objetivo de las ciencias económicas, si quieren llamarse de veras «economía» y no «crematística», como ya dijera Aristóteles.⁵

1. FUNCIONAMIENTO DE NUESTRA ECONOMÍA

1.1. ¿Por qué tanta desigualdad?

1.1.1. Breve historia

Economía, por tanto, no es exactamente lo mismo que mercados. El elemento básico de una verdadera economía es el superávit:⁶ la producción de riqueza (en el sentido de elaborar productos capaces de satisfacer las necesidades humanas). Y aquella se genera cuando aparece la agricultura: pues la carne animal no podía conservarse y los excedentes de frutas, etc. eran mínimos sin el cultivo de la tierra. Pero la aparición del excedente —o de la «economía»— genera una serie de fenómenos

que irán configurando las sociedades futuras. Por ejemplo, simplificando por ser menos importante:

a) Aparece la escritura para anotar lo que cada uno guarda en el almacén común, pues aún no hay posibilidades de que cada cual tenga su propio almacén o granero. Aparece el dinero metálico, que en su origen sirve para registrar la distribución de esos superávits agrícolas. Consiguientemente, aparece también la deuda como modo de gestionar esos superávits. Finalmente, culminando el proceso, aparece el Estado, garante y defensor de la propiedad. El Estado, además, al apropiarse de parte

de estos superávits, podrá pagarse una elemental burocracia y unas fuerzas armadas.

b) Con la apropiación privada del excedente nace la desigualdad: porque el acceso al superávit acumulado proporciona poder político y ese poder puede utilizarse para percibir porcentajes todavía mayores de excedentes. La desigualdad, además, se ve favorecida por la creación de entidades «estatales» expansionistas.

c) Y ¡atención!: con el Estado y las desigualdades aparece «el clero», es decir, la casta que justifica, ideológica o religiosamente, las diferencias que van apareciendo. Esa casta puede ser al principio de «sacerdotes», hombres presuntamente religiosos que pretenden favorecer el orden existente. Pero acaba siendo de «economistas», que hoy son los verdaderos sacerdotes de nuestro mundo laico, tan falsos a veces como los sacerdotes de las religiones antiguas.

Aquí creo que falta la simbiosis entre medios de comunicación y publicidad que Varoufakis no menciona: esta mantiene a los medios suficientemente controlados y amenazados cuando le conviene y, a la vez, difunde los valores distorsionados que encontramos ahora mismo. Con un ejemplo de estos días: te ofrecen un Volkswagen no por su utilidad, precio bajo, etc., sino «para dar que hablar a tus amigos».⁷

d) Cuando los superávits llegan a ser de grandes cantidades, aparecen también riadas de gente que acuden, a veces incluso con sus animales, lo que, a la larga, va creando una situación sanitaria peligrosa, originando el brote de nuevas enfermedades (tifus, cólera...). Poco a poco, los habitantes de esos poblados agrícolas se irán in-

munizando contra estas enfermedades, pero, en cuanto se trasladan a otros lugares, se convierten en sus portadores.⁸

1.1.2. En resumen

«La raíz de la desigualdad está en la producción de superávit económico, producto de la primera revolución tecnológica de la humanidad: el desarrollo de la agricultura. Las desigualdades se irán ampliando conforme aparezcan las posteriores revoluciones industriales y tecnológicas (máquina de vapor, ordenadores...).»⁹

1.1.3. Reflexiones

Por tanto, la desigualdad tiende a aparecer de manera casi mecánica e inevitable, y no es cuestión de comenzar a hacer condenas morales antes de tiempo. Todos los bienes humanos tienen su contrapartida: la aparición de la rueda fue un gran progreso pero, poco después, los hombres se vieron obligados a inventar el freno, para evitar darse porrazos, que a veces eran mortales. Y este es solo un caso de una ley general: a todo estado, de movimiento o quietud, le acompaña siempre una fuerza progresiva que llamamos inercia, y que tiende a mantenerlo como está, si no se actúa contra ella con energía e inteligencia.

Por simplificada que pueda ser esta historia,¹⁰ nos pone ante el siguiente dilema: o, desde una mentalidad ética y humana, se busca cómo paliar, frenar o reducir las desigualdades —este sería el verdadero objetivo de una auténtica economía— o, desde una mentalidad lucrativa e individualista, se acepta la desigualdad como una ley física más, y

se limita la economía a buscar el modo de enriquecerse más y mejor, con el peligro de que ese rodar sin frenos produzca algún accidente mortal. Esa era la intuición de Aristóteles al distinguir entre ética y crematística.

1.2. La dinámica del superávit: del valor al precio

A largo plazo, hay un peligro más serio en el dinamismo del superávit: en la medida en que este (y luego el máximo superávit) se convierta en objetivo principal de la actividad económica, nuestro sistema (y nuestra sociedad) irán produciendo una «transmutación de los valores»¹¹ que lo reduce todo a mercancía y, por tanto, al valor «precio». El viejo refrán «solo los necios confunden valor y precio» existe para algo más que para ser citado: plantea la pregunta de si estamos construyendo una sociedad de necios.

1.2.1. Mercantilización de los valores

En efecto, las mercancías son bienes que se producen solo para ser vendidos y no para cubrir necesidades. El precio de una mercancía refleja el valor de cambio de un bien que se ofrece a la venta. Hasta aquí nada que objetar. Pero en la existencia humana hay una serie de bienes y valores «inmateriales» que no pueden convertirse en mercancía porque entonces se los degrada, pues su auténtico valer estriba precisamente en la generosidad y la gratuidad.

En teología y en antropología se vuelve a hablar últimamente de «la lógica del don» o «la ética del don». Pero se habla de ello como si se tratase de

un extraterrestre que ha aterrizado en nuestras playas... Sin embargo, debe ser algo muy nuestro cuando, según Varoufakis, está probado que, contra todo pronóstico, se recauda más sangre en los lugares donde se da de manera voluntaria que en los países donde la donación es remunerada. Algo significa ese ejemplo. Y ese algo es que hay valores que no pueden ni deben entrar en esa gestión de la ganancia en que se basa nuestra economía.

Por lógico que esto parezca en una exposición teórica, no es difícil percibir que, en la práctica, tiene consecuencias subversivas: ya aludimos antes a la distorsión de valores que siembra una publicidad que suele apelar a lo peor de nosotros: «un amor de padre vale 17 millones de euros».¹² Pensemos ahora en el llamado «mercado del trabajo»: esa expresión, tan corriente entre nosotros, y que tan inocente parece, refleja algo tan poco humano y tan inhonesto como cuando hablamos del mercado del sexo, del mercado del perdón (o de las indulgencias) y del mercado de las misas...¹³

1.2.2. Corrupción de la comunidad

Las consecuencias de ese reduccionismo serán fatales para la sociedad: la absolutización del superávit y el beneficio inunda nuestras relaciones y obliga a distinguir entre economías *con* mercado, que son indispensables, y sociedades *de* mercado, como la actual, que son sencillamente deformes.

Explica Varoufakis que las sociedades *de* mercado fueron naciendo conforme se comercializaban tres factores de producción que antes no lo estaban: el trabajo humano, las herramientas

y el espacio donde tiene lugar la producción (antes, la tierra). Estos tres factores eran bienes, no mercancías. El trabajo porque, en el feudalismo, el siervo no trabajaba exactamente para otro, aunque el señor de la tierra se quedaba por las buenas con una parte de lo que aquel cosechaba. Las herramientas (medio de producción) porque eran muy sencillas y se las fabricaban los propios siervos. Y la tierra porque no se vendía nunca: o nacías terrateniente o nacías siervo.

Esta situación comenzó a cambiar cuando los terratenientes ingleses descubren que exportar la lana o la seda les enriquece mucho más de lo que les rentaban los productos en especie que recibían de los siervos de la gleba. ¿Cuál fue entonces su reacción? Despedir a los siervos que cultivaban sus tierras y dedicar éstas a la cría de ovejas y demás ganado. Los siervos se vieron obligados a abandonar aquellas tierras y a buscar su supervivencia tratando de vender su fuerza de trabajo: pretensión casi imposible hasta que aparecen las fábricas, gracias a la invención de las máquinas.¹⁴ Es innegable que desaparecieron prejuicios ancestrales, como que los siervos lo son «por naturaleza», o que las clases humanas son algo natural. Pero esa libertad entonces atisbada fue poco más que «una libertad para morir de hambre»: pues solo vale si hay clientes para atender las ofertas de trabajo. Y cuando empezó a haberlos y el trabajo «se organizó», apareció otra esclavitud antes desconocida: trabajo para niños de diez años, obreros encadenados a las máquinas día y noche, mujeres embarazadas pariendo en pleno trabajo... como podemos ver hoy en tantos

países asiáticos a los que acuden a establecerse nuestras empresas multinacionales. Porque el obrero ya no vende el producto de su trabajo que pertenece a otro: solo vende su capacidad de trabajar. De este modo, el trabajador se convierte en una «herramienta», en la que hay que gastar solo lo necesario para mantenerla en uso.

1.2.3. En resumen

«Las desigualdades que trajo la revolución agrícola aumentaron aún más cuando se sumaron a las nuevas desigualdades que provocaron la revolución industrial y el triunfo del precio sobre el valor.»¹⁵

De estas dos dinámicas fundamentales (degradación del valor a mero precio, y de la sociedad humana a mero mercado) brota una serie de conceptos, de modos de funcionar, de ventajas y calamidades que marcarán toda esa reflexión que llamamos economía, y que sería mejor llamar «crematística».

1.3. Desfiguración de la deuda, el beneficio y la riqueza

La deuda ha existido siempre. En cierto sentido pertenece a la condición humana: «estoy en deuda contigo (o con alguien)» es una expresión que pertenece a lo mejor de nuestro lenguaje. Pero esta deuda que nos constituye se basa en la solidaridad y no hace al otro acreedor oficial nuestro.

En cambio, conforme se va produciendo la degradación de todo valor en «valor de cambio», se mercantiliza también la deuda y pasa a convertirse en forma de enriquecimiento. Enton-

ces el dinero se convierte en fecundo por sí mismo, algo profundamente absurdo. De hecho, al interés monetario se le llama en griego *toketós*, esto es, «hijo» (del verbo *tikto*, que significa «engendrar»). El interés es «lo engendrado», y, además, engendrado por una especie de misteriosa partenogénesis.

Se comprende así la crítica a la usura en la antigua Grecia, en el islam, en el cristianismo: enriquecerse con la necesidad o el dolor del otro es simplemente una bajaza inhumana.

1.3.1. Perversiones en cadena

Consecuencia de lo anterior es que el beneficio, que antes era solo un medio para otra cosa, se ha convertido en el objetivo último. Con ello, el dinero pasa a ser la parte más importante del proceso productivo: porque ya no se contrae la deuda para poder comer, sino para pagar el alquiler, los sueldos, etc.: para poder ser. Y lógicamente, el beneficio se ha transformado en objeto de culto de la nueva clase empresarial.

En las sociedades *con* mercados el beneficio no era un fin en sí mismo y la deuda no era tan importante: los poderosos se enriquecían de otra manera, robando a otros señores, con favores del rey, con guerras... Pero cuando la sociedad pasa a ser *de* mercado, la riqueza se alimenta con la deuda, que se vuelve así necesaria. Y claro: si hay que pagar préstamos, y además con interés, habrá que producir más barato para vender más barato, pagar peores salarios y demás, todo con tal de no perder competencia.

Varoufakis ilustra ese cambio comparando la versión primitiva del *Fausto* de Christopher Marlowe, de comien-

zos del XVII, con la posterior de Goethe en el XIX: el primero es condenado por haber vendido su alma al diablo. El segundo es absuelto y se insinúa así «una disculpa de la deuda» que le sirvió para disfrutar. No estoy muy seguro de la pertinencia de esta comparación, pero quizás ayude al lector a comprender un proceso por el que primero se desfigura el sentido de la deuda y, luego, se libera de culpa a esa falsificación.¹⁶

1.3.2. Deshumanización

Vale la pena reflexionar más sobre esta pervisión de la deuda, fruto de la trasmutación de valores ya comentada. Estar en deuda constituye un rasgo fundamental de la sociedad y de la relación humana: pues todos somos seres necesitados, y todos somos además deudores de otros, aunque ninguno es acreedor de nadie. La relación acreedor-deudor debería afectar solo a un aspecto bien parcial de la vida, nunca a su totalidad. Pero con la conversión de cualquier valor de uso en valor de cambio, y con la creación de una sociedad *de* mercado, el «estoy en deuda contigo», tan rico, tan humano y tan necesario, se transforma en «eres mi prestamista». Con ello las relaciones humanas se degradan. Un economista afirma con la mayor naturalidad, refiriéndose a la actual situación española de desgobierno: «los mercados nos castigan». Pero los mercados no son unos dioses con poder sobre nosotros: son unos grupos de poder concretos y somos nosotros los que tendríamos que controlarlos si no hubiésemos decidido entregarnos a ellos, vendiéndoles nuestra alma. Eso pasa cuando la sociedad *con* mercado se pervierte en sociedad *de* mercado.

En el límite de este proceso, llegará un momento en que cuando uno alcance la mayoría de edad, sus padres le pasarán una factura por todos los servicios prestados, como ocurre ya en EEUU con la carrera universitaria. Entonces, no solo la carrera, sino la vida misma se empezará estando ya endeudado.

1.3.3. *En resumen*

«La deuda se ha convertido en el combustible de la revolución industrial: creó mucha riqueza pero también mucha infelicidad.»¹⁷ «La deuda es, para nuestras sociedades, lo que es el infierno para el cristianismo: algo tan necesario como desagradable.»¹⁸

Pero las deudas, como todos sabemos, necesitan una serie de condiciones para poder existir, condiciones que ellas mismas van generando.

1.4. Los bancos: confianza, crisis, Estado

Hemos dicho que la figura del empresario actual nace junto con la sociedad de mercado. Pero ese empresario nace vinculado a otra figura, mágica y siniestra a la vez: el banquero, sucesor del antiguo usurero.

1.4.1. *La quimera del oro*

El banquero ya no es aquel que recibe unos depósitos para guardar, por los cuales paga un pequeño interés, y que presta a otros a un interés mayor. Bajo esa apariencia, casi idílica, lo que hace hoy es prestar un dinero que no tiene: un dinero que, por así decir, lo extrae del futuro y lo recobraré agrandado por

los intereses, si aquel a quien lo prestó consigue crear una riqueza suficiente en el futuro. El banco se atreve a poner en tu libreta una cifra que él no tiene (supongamos 500.000€), pero con la cual podrás comenzar a comprar material, contratar empleados, poner en marcha un negocio. A eso llama Varoufakis: «extraer dinero del futuro».

De nuevo, hay aquí algo muy positivo unas veces y desastroso otras. Puede ocurrir que el empresario que recibió ese préstamo de un dinero inexistente no consiga crear la riqueza prevista que tiene comprometida: bien porque no le funciona la empresa, o porque ha malgastado el dinero del préstamo, o porque se dedicó a especular con él (por ejemplo, comprando casas para venderlas luego más caras, y obtener así el dinero que necesitaba tanto para sí como para devolver el préstamo imaginario... Hasta que llega un momento en que el precio de las casas ya no pueda subir más y, por falta de demanda, comenzarán a bajar). Entonces se produce el crack: el mismo proceso que crea beneficio y riqueza crea también las crisis. Esa es la irracionalidad de nuestro sistema, y eso explica la acusación del Papa Francisco de que esa economía «mata».

Para comprender la expresión tan usada por Varoufakis: «pedir dinero prestado al futuro», se me ocurre una comparación con la famosa película de Chaplin: *La quimera del oro*. Miles de personas se empeñaban o se empobrecían contando con que, en el futuro, iban a encontrar en Alaska un oro que les permitiría pagar sus deudas y rehacer sus vidas. A algunos les funcionó. A muchos otros, no. Quizá Varoufakis podría hablar también de «la quimera del banco».

1.4.2. Mera quimera

Decíamos que el mismo proceso que crea el beneficio y la riqueza crea también la crisis. Cuando la crisis estalla comienza una necrosis de la economía: los empresarios no pueden hacer nada porque están en quiebra, los bancos tampoco y, con ello, el mercado se paraliza.

Por si esto fuera poco, al estallar el crack se agrava la crisis: porque es lógico que la gente, en cuanto percibe que los bancos están mal, acuda a retirar sus depósitos. Los bancos se encuentran entonces sin dinero que devolver; tampoco se atreven ya a hacer préstamos imaginarios porque ahora no se fían de la solvencia de la gente: se parecen al gato escaldado del refrán que huye hasta del agua fría.

Así languidece la economía. ¿Cómo salir de este círculo vicioso? La única solución es que alguien preste dinero a los bancos, tanto para que ellos puedan seguir prestando y la economía se mueva, como para garantizar los depósitos de los ciudadanos. Y ese alguien es el Estado, que puede hacerlo, otra vez, prestando dinero que obtiene «de la nada» (o del futuro): imprimiendo papel. De ahí la importancia de que solo al Estado le esté permitido imprimir dinero.

Prescindimos ahora de la «devaluación» que eso supone. Lo que nos interesa es que, entonces, al Estado le faltará dinero para desempeñar su trabajo: para sueldos de funcionarios, obra pública, estado social... Ese dinero debería sacarlo de impuestos pero no puede obtenerlo porque los ricos se niegan a pagarlos y los pobres ya no pueden pagar más.

1.4.3. ¿Quién paga el pato?

El Estado se encuentra así con que, por un lado, debería sostener a los bancos para que no cierren en el caso de producirse un crack y, por el otro lado, debe ponerles freno y meterles en vereda, para que no saquen del futuro más valor del que puede producir el presente. Pero, según Varoufakis, esto último no lo hace porque son los bancos quienes pagan las campañas electorales de los gobiernos. Por eso carga de impuestos a los ciudadanos más pobres (como sucede con el IVA) y, cuando ya no puede más, se endeuda él mismo. Así nace la deuda pública estatal.

Y ¿quién le presta al Estado el dinero con el que se endeuda? Los particulares, pero sobre todo ¡los mismos banqueros que no quisieron pagar impuestos! Así se ve el poder que tienen los bancos sobre los gobiernos en nuestra presunta democracia. Déjeseme decir, parodiando a Jesús de Nazaret: «es imposible servir a la democracia y a Mamón».

Para garantizar más nuestra exposición, repitamos lo dicho con palabras literales de nuestro autor:

«— Los poderosos no quieren pagar impuestos para ayudar económicamente al Estado, que hace lo necesario para que ellos no pierdan su poder.

— El Estado se ve obligado a tener déficit y a incrementar sistemáticamente su deuda.

— Los poderosos, sobre todo los banqueros, encuentran la oportunidad de fortalecerse más, prestando al Estado (con intereses) el dinero que se oponen a entregarle como impuestos.

– Cuando ocurre el crack, el Estado acude a salvar a los banqueros con dinero público que, en parte, proviene del dinero que crea el Banco Central, así como de los impuestos, de recortes a ayudas y pensiones de los débiles, y de nuevos préstamos de otros poderosos, normalmente extranjeros.»¹⁹

La actividad económica que, como dijimos, arranca cuando aparece el superávit, en las sociedades *de* mercado transforma ese superávit en beneficio, el cual incrementa tanto los superávits como las desigualdades. «El “milagro” de las sociedades *de* mercado depende de la magia del sistema bancario, que tiende hacia la magia negra, de la misma manera que las moscas se sienten atraídas por la luz».²⁰

1.4.4. En resumen

La deuda privada es la materia prima necesaria del beneficio privado. Pero

lleva al crack y a la crisis: porque los bancos producen préstamos de la nada y ganan más cuanto más valor de cambio trasladan del futuro al presente. En las sociedades *de* mercado el superávit se produce de forma colectiva, pero después se lo adjudican los que tienen más poder en la sociedad, con la ayuda del Estado. Estos poderosos exigirán la creación de deuda pública y el monopolio estatal sobre el dinero. «Deuda, beneficio, riqueza y crisis son componentes de un mismo drama absurdo: que tras las crisis creadas por los poderosos –sobre todo por los banqueros–, son ellos mismos quienes rechazan la idea de un Estado mediador que ayude a los más necesitados. Pero, en cambio, exigen que el Estado les inyecte dinero cuando son ellos los que tienen problemas.»²¹

De todos esos desenfoques en la concepción del mercado, del beneficio, de los valores, de la deuda... van a nacer los fantasmas que amenazan a nuestro sistema económico.

2. AMENAZAS

2.1. Las máquinas: «cría cuervos y te sacarán los ojos»

Varoufakis no recurre a ese refrán castellano, sino a una parábola como la de Frankenstein: el monstruo creado por el hombre y que acaba dominando a este. Pero el hecho es que la comercialización del trabajo facilita la aparición de las máquinas, con grandes promesas que parecen justificar su comercialización.

Sin embargo, la realidad es que las máquinas (que encontramos ya en todas partes), «no han acabado con la pobreza, el hambre, la desigualdad, la preocupación por la supervivencia. Ni siquiera han acabado con los trabajos más duros ni han reducido las horas de las jornadas laborales. Todo lo contrario. Que las máquinas fabriquen cada vez más productos no ha hecho nuestra vida más fácil: ahora sufrimos más estrés,

la calidad de nuestro trabajo es peor, la inseguridad es mayor, como mayor es la angustia por perder el que ya tenemos... Al final, en vez de que trabajen las máquinas para nosotros, parece que somos nosotros los que trabajamos para mantener nuestras máquinas». ²²

2.1.1. ¿Hacia la maquinización del ser humano?

Esa tendencia de las sociedades de mercado a utilizar la tecnología de manera que nos esclaviza en vez de liberarnos, ha quedado plasmada en la primera de las películas *Matrix* (1999) de que hablaremos más adelante. Pero en ella, cuando las máquinas han decidido dominar a los hombres por sus crímenes y guerras y ven que los seres humanos no pueden soportar esa falta de libertad, crean una realidad virtual que proyectan en sus cerebros y les da la ilusión de una vida atractiva. Algo así estaba ya pronosticado en el *soma* de la novela de Aldous Huxley *Un mundo feliz*.

Las máquinas son «el poder ante el que tenemos que sucumbir», había dicho ya Karl Marx, no solo como trabajadores sino también como empleadores. Por tanto, con la aparición de las máquinas tenemos que elegir entre someternos a la mecanización de la producción o quedar entre los excluidos del mercado laboral.

Ahora bien, en una sociedad así de mecanizada, irá desapareciendo hasta el concepto mismo de «valor de cambio», que se sustituirá por otro concepto más simple de «funcionamiento». Con ello puede acabar desapareciendo la misma sociedad de mercado: pues «en un mundo sin personas, o en un mundo en el cual las personas han perdido por

completo el control de su mente [como en *Matrix*] los conceptos sociedad de mercado y valor de cambio, están fuera de tiempo y de lugar». ²³

Y es que al hombre se le pueden sustituir muchas piezas (una pierna, un hígado...), pero hay una (sea la que sea) que, si se la toca, dejará de ser humano. Entonces la sociedad se parecerá más a un complejo sistema de ordenadores o a una colmena, donde ya no caben conceptos como el de valor de cambio o de mercado. ²⁴

Efectivamente: una legión de androides trabajadores es el sueño de cualquier empresario; trabajarían en todo sin exigir nada (fuera de los requisitos técnicos para su funcionamiento), sin problemas psicológicos, sin necesidad de vacaciones, sin tener opinión sobre la empresa ni inclinación al sindicalismo...

2.1.2. Resistencias

Lo que salva a las empresas es que es imposible reducir totalmente a los humanos a máquinas productivas, como gustaría a la competencia máxima. ¿Por qué? Pues porque si esto pasara, sus productos ya no tendrían valor y se arruinarían. Un ejemplo: el Ipod vale mucho menos ahora que lo fabrican muchos más robots que seres humanos.

Así pues: hoy por hoy, todavía es imposible reducir a los humanos a androides: pues los hombres aún manejan —parcialmente— las máquinas, las sustituyen por otras mejores, crean nuevos puestos de trabajo que sustituyen a los que las máquinas han destruido... Y si ven que bajan los precios y empiezan a perder dinero, anularán los pedidos de nuevas máquinas.

En la sociedad *de* mercado, al parecer, existe esta paradoja: que cuando peor se ponen las cosas, cuando más fuerte es la crisis y más empresas cierran, más se equilibra la rentabilidad de los negocios que han sobrevivido. Pero, otra vez, esa rentabilidad solo será posible si no se oponen a ella los bancos: pues exige una condonación de las deudas impagables, deudas que eran en realidad nominales, pues se habían hecho con hipotéticos beneficios futuros y no con riqueza presente. Pero eso solo será posible si la sociedad se subleva y exige una mediación política coordinada para cancelar las deudas. O bien si estalla una guerra, como ya constató T. Piketty en su libro antes citado.

2.1.3. *En resumen*

«El hombre se civilizó produciendo herramientas y máquinas, las cuales nos liberan de muchas tareas que nos impiden dedicarnos a otras ocupaciones más humanas. Pero, cuando las máquinas pertenecen solo a unos pocos que las usan como herramientas para obtener beneficios, mientras que la mayoría solo cobra por su trabajo, entonces las máquinas acaban siendo los jefes de todos: de sus propietarios y de los que trabajan con ellas.»²⁵

¿Es posible escapar a la amenaza de este círculo vicioso?

2.2. Dinámica de los mercados: de explotados a excluidos

El mercado es útil y necesario para aquello que son mercancías. Pero ya dijimos que, en una sociedad humana,

hay realidades que no pueden convertirse en mercancías. Cuando esto sucede se producen distorsiones importantes.

2.2.1. *El mercado laboral*

Cuando oímos decir a los poderes públicos que no hay desempleo o que se está creando empleo, podemos imaginarnos a un señor que se queja porque no puede vender su casa, y esos poderes le contestan: «te la compro por 10€». Si él se niega, le dirán que no es que no pueda vender su casa sino que «no quiere». La discusión entonces ya no es sobre si hay o no hay empleo, sino solo sobre una diferencia respecto al valor de cambio. Así funciona la sociedad-mercado.

Esta situación solo podría cambiarse si todos a una dijeran que no a ese tipo de empleo, pasando quizás hambre durante un tiempo... Pero, si uno o unos pocos comienzan a ceder, entonces todo se va a pique. Y, para ceder o no, es fundamental el optimismo —o pesimismo— de que se puede —o no se puede— conseguir la victoria final: el temor a «tanto sacrificio para nada» es decisivo.

Se arguye, en defensa del actual estado de cosas, que «al bajar el precio de la oferta aumenta la demanda»: si el trabajador acepta cobrar poco, habrá más empresas que lo busquen.²⁶ Pero esto, que valdría para productos de consumo, no vale del todo para el llamado mercado de trabajo. Ahí, la bajada de los salarios puede leerse como falta de actividad económica y sugerir que «ni aun contratando por ese salario ridículo, puede el empresario vender sus productos». Tengamos en cuenta que, cuando el mercado deja

de tener una dimensión reducida, casi dialogal, para convertirse en una maquinaria global y anónima, resulta más fácil engañar. Con ello desaparece la confianza, y el consumidor se defiende con sospechas.

Beneficios solo puede haber si el nivel de la demanda de mercancías es alto; pero cuando esa demanda está remitida al futuro (como ya explicamos) eso no puede saberse, como no se sabe en el casino qué número va a salir. Los empresarios están entonces bajo la dictadura de las expectativas colectivas; y puede ser que, aun bajando la oferta (el salario), se reduzca la demanda (la existencia de trabajo), en vez de aumentar. Esto es, por ejemplo, lo que suele pasar en las crisis.

Cabe comentar que todo eso sería menos inquietante si las crisis fuesen, como sugiere la palabra, un fenómeno raro que surge muy de tarde en tarde, como lo podría ser un terremoto. Pero si, como sostienen muchos analistas, las crisis son un fenómeno inherente y frecuente en nuestro sistema, entonces hay motivos para una mayor preocupación.

2.2.2. *El mercado financiero*

Algo parecido sucede también no solo en el mercado laboral sino en el monetario. Para hacer inversiones los empresarios necesitan pedir dinero prestado; el precio de ese dinero es el interés que pagarán por él. Parece entonces que, si el dinero es barato (= bajan los tipos), más préstamos se pedirán. Pero no siempre es así. Puede suceder que una bajada de tipos de interés no aumente la demanda de préstamos, porque se la lee como señal de que la economía está débil y uno teme arriesgarse. Solo

si muchos empresarios pidieran préstamos se crearía la sensación de que la economía está activa y entonces esa sola sensación volvería activa a la economía... Es el caso tantas veces citado de las «profecías autocumplidas».

Pero eso que puede valer algo en el deporte —como el famoso «pueden porque creen poder» de las regatas de la *Eneida*—, es muy arriesgado cuando ya no se trata de ganar una medalla sino de ganarse la supervivencia. Entre otras razones porque, en el deporte, el equipo lo componen unas pocas personas, mientras que en una sociedad, el «equipo emprendedor» son miles y miles. Y es más fácil que la confianza cunda más entre diez que entre diez mil.

2.2.3. *En resumen*

«El trabajo y el dinero son engranajes necesarios del motor de las sociedades de mercado. Pero, a la vez, funcionan como demonios que las embrujan. No funcionan como engranajes aptos, porque se diferencian radicalmente del resto de las mercancías. En realidad ningún empresario los quiere: odian tanto el tener empleados como el tener que pedir préstamos, porque les someten a una relación de poder que preferirían no tener.»²⁷ A su vez, los desempleados se asemejan muchas veces al Fausto que no consigue vender su alma al diablo por mucho que baje el precio de venta.²⁸

2.3. **Virus: devorar a quien te está alimentando**

Resumamos lo visto hasta aquí: la aparición de las sociedades *de* mercado va

unida a la casi total conversión de los valores inmateriales en valores de cambio. Eso ha producido, a la vez, una riqueza y una infelicidad ingentes, además de poner al planeta en la senda de una catástrofe ecológica.

2.3.1. *Inversión de los valores*

Ahora surge otra complicación: resulta que esta catástrofe hace que crezcan los valores de cambio. Los bosques que se queman o las especies que desaparecen no tienen valor de cambio. Pero sí lo tienen tanto el combustible de los transportes que van a apagar incendios como los materiales y sueldos usados para reconstruir los edificios dañados, etc. Valores convertidos en espectáculo, como pasa hoy con el deporte, sirven también para atrapar anunciantes que miren de colocar sus productos, o para que las farmacéuticas se beneficien del sobreesfuerzo exigido a los deportistas...

«Si menosprecias la inteligencia del público nunca perderás dinero», dijo el magnate Rupert Murdoch, que sabe mucho de crematística. Es como decir: «para maximizar los valores de cambio de tus productos has de menospreciar los valores experienciales o inmateriales». Entonces el beneficio (la plusvalía) se convierte en un poder único y absoluto.

2.3.2. *Destrucción de la naturaleza*

Y todo esto lo paga la naturaleza: es algo así como si los astronautas envenenaran el aire de su nave espacial. O, con otras palabras: actuar únicamente con arreglo a los valores de cambio destruye la casa común. Pescando más de lo

que necesito y pescando todos a la vez, se agota pronto el caladero. Pescando lo que necesito y en horarios organizados, el caladero puede mantenerse.

En este sentido, es expresiva la evolución de la palabra griega *idiotes*, que en su origen significa «individual», pero ha pasado a significar «imbécil». Es un modo de plasmar que lo que ha llevado al planeta a la situación actual ha sido la comercialización de todo, la privatización de la tierra, el predominio del interés privado sobre el beneficio colectivo y de los valores de cambio sobre los valores inmateriales.

Sin embargo, para la minoría dominante la solución es más mercado y más privatización: arguyen que si la tierra fuera solo de unos pocos, y no de todos, no estaría hoy tan maltratada; si toda la riqueza natural, incluso el aire que respiramos, fuese material de mercado donde triunfaran los valores de cambio, no se estropearía el planeta... Pero no dicen que privatizar los recursos naturales es conceder a los poderosos la posibilidad de comprar la mayor parte de las acciones y decidir ellos solos sobre el futuro del planeta.

Privatizar, pues, solo tiene sentido si se evita la acumulación de lo privatizado en oligopolios, monopolios, etc., manteniendo algo parecido a lo que en democracia es «un hombre, un voto».

2.3.3. *En resumen*

«Todos los mamíferos de este planeta desarrollan un lógico equilibrio con el hábitat natural que les rodea. Pero los humanos no lo hacen... Existe otro organismo en este planeta que sigue el mismo patrón. ¿Sabe cuál es? Un virus. Los humanos son una enfermedad,

son el cáncer de este planeta. Son una plaga.»²⁹

Aunque esa cita de *Matrix* resulta ideal para expresar lo que Varoufakis intenta decir, conviene aclarar que en la película tiene un sentido contrario: allí quien habla de ese modo son los policías para justificar no una revolución sino un golpe de Estado de extrema derecha. Y además: sobra en *Matrix* la ingente cantidad de puñetazos, peleas, metralletas y demás escenas de violencia brutal que, por desgracia, constituyen la verdadera «pastilla azul» que hace la vida agradable a buena parte del pueblo norteamericano.

2.4. El dinero, o «el estiércol del diablo» (Lutero)

Las tres amenazas anteriores: la maquinización, la exclusión y la destrucción del planeta, tienen una raíz común que es el sentido que cobra el dinero en una sociedad que tiende a ser solo mercado y donde todos los valores se van reduciendo a valores de cambio. Así se comprende mejor la expresión de Lutero citada en el título de este apartado, y la dura frase de Jesús de Nazaret: es absolutamente imposible servir a Dios y al dinero.

Cuando en una economía de trueque intervienen muchos, los valores acaban uniformándose («no te daré una vaca por tres gallinas si otro me ofrece cuatro»), y aparece además un producto que sirve de medio de cambio: un producto que sea fácil de guardar y de manejar y, además, apreciado (Varoufakis pone el ejemplo de los cigarrillos en los campos de concentración alemanes). Esto introduce una

pequeña variación en el modo de relacionarnos: en el trueque cada transacción suponía, a la vez, una compra y una venta, pero cuando hay una unidad de cambio, esto deja de pasar: uno solo compra y el otro solo vende.

2.4.1. *Quebraderos de cabeza monetarios*

Con la introducción del dinero se crean nuevas y grandes oportunidades, como la posibilidad de ahorrar y de prestar. Pero también grandes peligros y amenazas: porque el dinero se parece a la *donna mobile* del *Rigoletto* de Verdi, que «*muta d'accento e di pensiero*» y «cuyo amable hermoso rostro es embustero». Quiero decir que si hay dinero insuficiente con relación al resto de los bienes, entonces subirá el valor de las unidades monetarias, lo que equivale a una bajada del precio de los bienes (deflación). Mientras que si hay exceso de dinero, entonces el dinero se devalúa y el precio nominal de los bienes subirá (inflación). En consecuencia, las expectativas sobre inflación o deflación, y por tanto sobre el nivel de precios, hacen subir o bajar el coste del dinero prestado (el tipo de interés). Además, en tiempos de crisis, con la deflación y bajada constante de los precios, los verdaderos tipos de interés nunca podrán ser realmente cero: aunque lo sean nominalmente, el coste de los préstamos sube: pues aunque yo devuelva la misma cantidad de dinero sin ningún interés, el prestamista podrá comprar más de lo que podía cuando me lo prestó, porque ha bajado el precio de las mercancías.

Por tanto, en la economía monetaria nuestras expectativas juegan un pa-

pel determinante: la sola previsión de un derrumbe puede provocarlo. Para evitar esto es necesaria una fe en que el valor de la moneda no decaerá.

2.4.2. Politización del dinero

Desde la antigüedad, algunos bienes han funcionado como unidades monetarias: bienes resistentes y fáciles de almacenar y transportar, relativamente escasos y con importante valor de uso. Esos bienes han sido casi siempre metales. Luego, para no tener que pasarlos de una caja a otra en cada compraventa, sus propietarios extienden una factura de papel, garantizando que aquellas monedas ya no le pertenecen a él sino a Fulano, que le ha dado tal o cual producto a cambio de ellas: así nace el papel moneda.

Pero, naturalmente, ese mero papel necesita algún garante de su autenticidad. Y aquí entra en juego otra vez el Estado. El Estado garantiza su autenticidad porque, de paso, aprovecha la oportunidad para imponer impuestos.

Pero debe quedar claro que el dinero no nació para facilitar las transacciones sino para registrar las deudas, que son casi siempre deudas de los débiles con los poderosos. Así el dinero se politiza y se vincula inseparablemente a la deuda y a los impuestos, desde poco después de nacer. El dinero en nuestras sociedades es inevitablemente político. Solo allí donde no hubiera producción el dinero podría ser una herramienta neutra.

A veces, en épocas de dificultad, han aparecido intentos de crear entre los ciudadanos una moneda neutra (*bitcoin*) independiente del poder político. Por un momento pareció que el mundo digital podía facilitar eso, pero

los hackers lo pusieron en peligro porque, aunque se corrigiera el sistema tras cada atraco, no había manera de garantizar la devolución de lo robado ni el castigo del ladrón...

2.4.3. Jugando con fuego

Para obras gigantescas, en las que no basta con el dinero existente, las grandes empresas han recurrido a crear una especie de «deuda con el futuro», en la forma que ya vimos. Los estados pugnaban entonces porque el dinero circulante fuera proporcional a la cantidad de oro que había en sus reservas, mientras que los bancos preferían prestar a las grandes empresas (Ford, etc.) un dinero inexistente para esas obras gigantescas, como también vimos.

Asimismo conocemos los resultados de ese tipo de apuestas: son prácticas que producen éxitos iniciales pero que acaban creando crisis. En las crisis, los estados tratan de contener a los bancos, pero no lo consiguen porque estos pueden derribar a los gobiernos por ser ellos mismos quienes financian sus campañas electorales.

Un ejemplo bien conocido: si en los años veinte, los estados hubieran impedido a los bancos crear nuevo dinero de la nada, no hubiera sido posible el milagro industrial que cambió el mundo, y las sociedades se habrían estancado. Pero al dejarlos actuar, se fabricó tanto dinero nuevo que las burbujas explotaron en la crisis del 29 que arrastró a la humanidad al fango de la barbarie. Lo mismo ha pasado más o menos en 2008. El único pequeño problema es que los beneficiarios de las burbujas no fueron nunca los mismos que resultaron perjudicados por la crisis.

2.4.4. En resumen

En nuestra sociedad, los intercambios de mercado son la principal forma de intercambio y conviene recordar que no siempre son la forma mejor ni la más atractiva o segura.³⁰ Por esta razón, el dinero es necesariamente político como único modo de evitar tanto las burbujas de la deuda y desarrollo no viables, como el desastre de la deflación y la crisis. Solo en una sociedad sin producción (cárcel o campo de concentración) podría no ser político el dinero. Pero en una sociedad con mercados y máquinas lo es necesariamente. Y, si es político, solo irá bien cuando haya «un control democrático de los que gestionan ese dinero para la sociedad».³¹

2.5. Conclusión: ¿por qué hay tanta desigualdad?

La síntesis que he intentado presentar permite acercarse a esa pregunta que, según muchos economistas, debería ser punto de partida de toda reflexión económica: ¿por qué hay tantas, y tan clamorosas, diferencias? Recordemos los recientes informes que hablan de un 1% de la humanidad, 70 millones de personas, que poseen tanta riqueza como el 99% restante.³²

Pues bien, el primer paso para una respuesta lo encontramos en la siguiente constatación: vivimos en un sistema de grandes riesgos y de grandes ventajas (parecido al juego, en este sentido) que está montado de tal manera que las ventajas las disfrutan siempre unos pocos y los fracasos los paga siempre la gran mayoría.

Para soportar una situación como esta, sostenida además por la ideología de los sacerdotes (= economistas), solo parece haber una salida: crear una realidad virtual, una especie de encierro para nuestras mentes, cuyo objetivo sea ocultarnos permanentemente la verdad amarga. Esa es la «píldora azul» de la película *Matrix*: si tomas la píldora azul te encontrarás (o creerás encontrarte) bien. Si tomas la píldora roja te encontrarás ante una realidad insoportable.

Y, pasando de la película a nuestra realidad, lo que nos impide ver la píldora azul, y tendremos que soportar si preferimos tomar la píldora roja, es:

- Que los seres humanos estamos siendo esclavos de las máquinas inventadas para que nos sirvieran.
- Que tampoco los mercados están a nuestro servicio, sino que somos esclavos suyos, y además son unos mercados impersonales e inhumanos.
- Que hemos construido nuestras sociedades creando frankensteins (criaturas que se nos escapan) y pseudofaustos (que ya no pueden ni vender su alma al diablo porque a este no le interesa).
- Que corremos a adquirir cosas que ni queremos ni necesitamos, pero que la publicidad ha impreso en nuestra mente.
- Que nos comportamos como virus idiotas que matan al organismo en que viven (la Tierra).
- Que nuestras sociedades no solo son injustas sino ineficaces: pues malgastan muchas posibilidades de producir riqueza real y no ficticia.

- Y que los que se enfrentan a todo eso y dicen la verdad son castigados por una sociedad que no soporta mirarse al espejo.

Incluso, esa píldora azul de la película tal vez se queda corta «ante la capacidad de los economistas de construir invenciones ideológicas de apariencia tan científica que consiguen ocultar eficazmente la verdad sobre el funcionamiento y los secretos de las sociedades de mercado».³³

Pero, como muchos lectores no conocerán la película, quizás cabría otro ejemplo más real que el de las pastillas azules y rojas. Todos sabemos que el paracetamol rebaja la fiebre pero no cura nada. Al tomarlo te sientes mejor, pero los virus o las bacterias siguen anidando en tu organismo. Apliquemos este ejemplo a nuestra ley de reforma laboral, incluso prescindiendo ahora de que es una ley inmoral porque vulnera derechos fundamentales de las personas y compromisos contraídos por España.³⁴ Se nos vende esa ley apelando a los buenos efectos que ha producido. Pero esos efectos son meras cifras macroeconómicas que no han dado de comer a quienes más lo necesitaban, ni han creado verdaderamente puestos de trabajo, sino solo puestos de explotación. En ese sentido, nuestra cacareada ley de pseudorreforma laboral no ha sido más que una especie de paracetamol que ha hecho que nos sintiéramos un poco mejor, mientras los bacilos permanecen donde estaban: en esas perversas diferencias denunciadas por Oxfam-Intermón (y antes también por Cáritas) en su informe de enero de 2016.

Es de temer que eso se hará patente en los próximos años. De momento, podríamos añadir que la «pastilla azul» de nuestra sociedad la suministra la publicidad: si la tomas, ya no verás en el Mediterráneo más que cruceros señoriales de grandes compañías de viajes; si no la tomas, verás en ese mismo mar multitud de pateras y cadáveres de niños flotando. Si la tomas, podrás tener nada menos que «fútbol todos los días de la semana»; podrás sentirte bien oyendo que nuestro PIB ha crecido x puntos. Pero, si tomas la píldora roja, sabrás que parte de ese crecimiento se obtiene vendiendo armas, a veces a países enfrentados entre sí y, por tanto, contribuyendo a sembrar el odio y la muerte en el planeta, en beneficio propio.

Algunos economistas han desautorizado la obra de Varoufakis tachándola de simplista o de falta de rigor. Pido por eso que, de este escrito, se tomen solo como opinión de Varoufakis las frases que cito entre comillas. Por descontado, ni él ni este comentarador pretendemos que lo expuesto sea un retrato global de nuestra sociedad: por fortuna quedan aún valores inmateriales y personas verdaderamente humanas que luchan por que se mantengan y por no deshumanizarse, y quizá evitan que nuestro mundo se desplome. Un individuo con cáncer no tiene todo su cuerpo infectado, pues en tal caso ya sería cadáver. Puede seguir haciendo vida normal, en parte. Pero lleva un germen que acabará con él, si no se le aplica un tratamiento de choque.

Dicho esto, creo que sigue en pie la confrontación de valores que intenta plantear Varoufakis.

II. CONFRONTACIÓN DE VALORES: REFLEXIÓN BÍBLICA

Esa discusión axiológica alerta sobre la dinámica por la que puede caminar una sociedad, cuando la «economía» se convierte en última instancia inapelable, en lugar de estar sometida a la política: «no solo de pan vive el hombre».

1. «UNO SOLO ES VUESTRO PADRE Y TODOS SOIS HERMANOS» (Mt 23,8-9)

La economía es importante no solo porque responde a las imperiosas necesidades materiales humanas, sino por algo todavía más serio: nuestra tarea y meta como seres humanos es construir convivencia, construir sociedad, construir comunidad y fraternidad. Ahí nos jugamos nuestra calidad humana.

Pues bien, por todas las veces que toca, y que vimos al hablar del dinero, la economía acaba jugando un papel decisivo en esa tarea nuestra como género humano. Marx y Engels no andaban tan desencaminados cuando hablaban de la economía como factor determinante «en última instancia»,

por más que quepan muchas exégesis de esa expresión. Pero el hecho es que, en la economía, nos jugamos mucho de nuestro ser humanos, o inhumanos. Donde no hay más valores que los de cambio, no cabe hablar de humanidad.

Por eso, Varoufakis muestra, una vez más, que la economía tiene más de antropología que de ciencia exacta.³⁵

Ese planteamiento antropológico, que pregunta ante todo por qué hay tantas desigualdades y cómo superarlas, abre la puerta a una reflexión de antropología bíblica: porque la igualdad brota de las dos categorías más importantes en toda la Biblia: la filiación divina (el valor absoluto) del ser humano y la fraternidad universal en Cristo.

2. «LOS CREÓ A IMAGEN DE DIOS Y LES DIJO: CUIDAD LA TIERRA». «SI COMÉIS DEL ÁRBOL DE LO HUMANO SERÉIS IGUAL A DIOS» (Gen 1,27-28 y 3,5)³⁶

Quizá la mejor imagen antropológica de nuestro sistema económico es la descripción bíblica del pecado: quien es, real y verdaderamente, «imagen y semejanza de Dios» se empeña en ser «igual a Dios» y causa así su propia ruina.

Antaño era frecuente en el lenguaje anticlerical decir que alguien «vivía como un cura». Una imagen solo parcialmente válida: porque aunque algunos curas vivieran por encima de las posibilidades humanas correctas, como se contó del cardenal Bertone o del obispo de Limburgo, muchos curas vivían en condiciones materiales casi bajo mínimos. Corrigiendo el dicho antiguo, sí cabe decir que el pecado original de nuestra economía es que ha pretendido «vivir como Dios». Y, aunque esa sea una pretensión imposible, el que algunos la mantengan lleva a muchos otros a vivir «en el infierno».

Esto es hasta cierto punto normal o, al menos, previsible: como imagen de Dios, el ser humano es un dinamismo

imparable, un corazón «sin descanso» que busca siempre una plenitud de descanso no accesible fuera de Dios.³⁷ Problema entonces de los primarios de la vida humana es cómo orientar y gestionar ese dinamismo insaciable. Porque toda gran fuerza, bien orientada, resulta creadora, pero mal orientada se vuelve destructora.

En este sentido, es luminosa la frase de Varoufakis ya citada: «el mismo proceso que crea el beneficio y la riqueza crea también el crack, las crisis»:³⁸ porque la «dinámica del superávit» se ha adueñado de esa otra dinámica intrínseca al corazón humano, falsificándola así. Es algo similar a lo que, en el plano individual, ocurre con la drogodependencia o el alcoholismo. Cuerpos y rostros, destrozados por la enfermedad necesitan, para salir de ahí, algo similar al Proyecto Hombre o a Alcohólicos Anónimos. Almas destrozadas por la ambición necesitarían otro tipo de Proyecto Humano o de Millonarios Anónimos.

Dicho con lenguaje bíblico: la imagen (de Dios) «empañada [o destrozada] por la culpa» necesita ser rehecha.

Un camino decisivo para lograrlo se abre en la experiencia del Dios revelada en Jesucristo.

3. «LA CODICIA ES IDOLATRÍA». «ES IMPOSIBLE SERVIR A DIOS Y AL DINERO PRIVADO» (Col 3,5 y Mt 6,24)

Los seres humanos tendemos a adorar al dinero porque: a) remedia nuestras grandes necesidades y amenazas y siempre veneramos aquello que nos salva. Pero también porque b) el dinero da poder y c) es fuente de reconocimiento, que quizás es la mayor de nuestras necesidades.

Desde esta actitud sucede que con el dinero «nunca tenemos bastante». Y esa insaciabilidad ha generado un mundo donde unos pocos pueden satisfacer hasta sus caprichos más estrambóticos, y una gran mayoría no puede satisfacer sus necesidades más elementales. Por eso, la frase citada de Jesús significa también «es imposible servir al ser humano y al dinero»: pues la manera que propone el Evangelio para servir a Dios es servir al ser humano. Pero cuando todos los valores se han convertido en meros valores de cambio, es muy difícil comprender e inculcar el respeto a las personas.

Por ser un dios falso, el dinero es intrínsecamente inhumano. En este contexto, suenan como verdadera palabra de Dios las duras palabras de Jesús: «malditos vosotros, millonarios» (Lc 6,24). Y maldito el sistema que «mata» (Francisco) generando «ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres» (Juan Pablo II). Y conste,

para responder a posibles mecanismos de defensa, que eso no tiene nada que ver con Marx: muchos siglos antes de él ya escribía san Ambrosio comentando el Evangelio de Lucas: «un rico compasivo es contrario a la naturaleza» (PL 15,1878): porque la compasión no es un valor de cambio. Y esos son los únicos valores que cuentan para el adorador del dinero.

Los mecanismos de defensa que hemos generado los propios cristianos ante esas palabras de Jesús, ayudados por muchos no creyentes, pero adoradores del dinero, son incontables. Prescindiendo ahora de la conocida falsificación que habla de «pobres de espíritu», vale la pena fijarnos en la más frecuente: los pobres lo son por su culpa («son perezosos», «Dios los castiga...»). Y, sin duda, hay un tanto por cien de pobres que lo son por culpa suya, pero es la porción menor. Y nuestra mentira consiste en atender solo a ese aspecto reducido de la realidad, para dejar de mirar todos los demás aspectos.

El hecho real es que la esclavitud del dinero, y el miedo o necesidad de defensa que ella genera, nos crea otras mil esclavitudes en nuestra sociedad: hoy vivimos bajo la esclavitud del petróleo y del pavor a que nos falte. Ese

pavor cuajó en la dura acusación de «sangre por petróleo», y llevó a producir un segundo «holocausto» en Irak, una barbarie que hizo añicos la paz y la estabilidad humana.³⁹ Y recurriendo para ello a la existencia de un supuesto «eje del mal», sin pensar siquiera que, en primera fila de ese eje, entran los mismos que lo proclamaron. Y blasfe-

maron así, literalmente, aunque no se dieran cuenta de ello.⁴⁰

Si eso pasó en el Imperio, debemos reconocer hoy que nuestra Europa ha sido víctima de un auténtico «golpe de Estado económico», antidemocrático y dado en realidad por unos «simples coroneles» (valga la alusión al ya lejano golpe de Estado en Grecia).

4. «LA RAÍZ DE TODOS LOS MALES ES LA PASIÓN POR EL DINERO» (1Tim 6,10)

En tales contextos se vuelve diáfano ese texto del Nuevo Testamento, citado ya miles de veces: la raíz *de todos* los males, no simplemente de unos cuantos. No sé si hoy el autor de aquella frase añadiría: de todos los males «y de casi todas las armas», por más que tratemos de engañarnos con otras pseudo-razones. Esa constatación de la carta a Timoteo aparece tras una exhortación a vivir sobriamente, que tiene resonancias no sólo individuales, sino sociales.

La peste de corrupción que ha asolado a España en los últimos años y que ha infestado incluso a personas que parecían ejemplares, ha tenido esa misma raíz: la pasión por el dinero. Tampoco esto es nuevo: es lo normal en una sociedad que ha perdido la fe en las grandes causas para las que vivir. Uno de los primeros conversos al cristianismo, que fue filósofo y escritor, dejó escrito este testimonio: «antes amábamos y buscábamos ante todo el dinero y las propiedades, mientras que hoy hasta lo nuestro lo ponemos en común y lo compartimos con los que no tienen».⁴¹

En cambio, en una sociedad sin casi más razón para vivir que el consumo y los valores de cambio y, además, con bajísimos niveles de educación humana, los hombres públicos descubrieron que nada da más votos que el dinero. Y luego, muchos ciudadanos descubrieron que nada puede dar más dinero que la política, con eso que se ha llamado «puertas giratorias», por las que se pasa de la política a unas consultorías casi tan nominales como bien retribuidas.

En este contexto, y porque de esta pasta está hecho el ser humano, hay que saber (y contar con) que siempre habrá un 25% más o menos de gente que votará a los partidos más injustos, en defensa propia o por ambición. Lo cual significa que, si los luchadores por la justicia no están muy unidos, si no saben dialogar y ceder, si hacen de la lucha por la justicia una plataforma para sentirse salvadores o para tomarse pequeñas revanchas, secundarias y sí, por todo eso, se dividen entre ellos, aquella minoría podría convertirse en una «minoría ganadora».

5. «DICHOSOS LOS POBRES CON ESPÍRITU» (Mt 5,3)

Esa primera bienaventuranza del evangelista Mateo puede tener una doble traducción, excluida ya la trampa de esos supuestos pobres «de espíritu», que se justifican pretendiendo tener el corazón desprendido de todas las posesiones que les sobran, pero luego, en cuanto una justa ley fiscal les reclama eso que les sobra, ponen el grito en el cielo.

La bienaventuranza de Mateo puede significar dos cosas: dichosos los «empobrecidos por el Espíritu», es decir, aquellos a los que la misericordia ha llevado al hambre y sed de justicia, y esa lucha por la justicia les ha ido empobreciendo, y privando no solo de buena fama sino de mil posibilidades de promoción social. Pero puede significar también: dichosos los «pobres con Espíritu», es decir, aquellos a los que su pobreza no ha convertido en rencorosos, envidiosos o avarientos.

Esta segunda traducción debe ser mantenida también, porque nos avisa de algo muy importante: los empobrecidos y víctimas de este sistema inicuo deben ser defendidos y ayudados, pero no deben ser canonizados. De entrada, hay que estar siempre de su parte, mientras no se demuestre lo contrario: pero son de la misma pasta humana que sus opresores. En todo caso, siguiendo a Vicente de Paul, habría que decir que son los únicos que tienen algún derecho a ser envidiosos o avarientos.

Eso servirá, en primer lugar, para responder a todos aquellos que defienden su posición injusta o privilegiada, argumentando con los vicios de los pobres y dejando de mirar la propia injusticia. Pero servirá sobre todo para una

lección muy importante a la hora de construir la sociedad y la fraternidad universal: no basta con dar de comer a los pobres mientras siga habiendo desigualdades tan clamorosas. Acabar con el hambre es imprescindible y urgente, pero solo es un primer paso: hay que acabar además con esas desigualdades obscenas e injustas. Los «primeros auxilios» son necesarios pero no sanan a la sociedad: mientras haya otros que tienen muchísimo más, los pobres, en cuanto coman, anhelarán tener más y parecerse a aquellos. O temerán perder lo que han conseguido mientras siga habiendo otros más pobres, y pueden volverse tan injustos como los ricos. En una palabra: mientras la estructura social siga siendo antifraterna, la anti-fraternidad amenazará a todos.

Recordemos que, en España, según el Informe de Oxfam-Intermón ya citado, 20 personas tienen un patrimonio de 115.000 millones de euros o más, patrimonio que en el último año se ha incrementado un 15%, mientras que la riqueza del resto cayó un 15%. Que, en España, también hay 14 millones de personas en riesgo de exclusión. Y que a nivel mundial, las 62 personas más ricas del mundo acumulan la misma riqueza que los 3.600 millones de personas más pobres. El informe citado califica esas cotas de «insoportables». Y esa insoportabilidad ayudará a comprender los dos ejemplos siguientes.

Por un lado, es significativo el siguiente testimonio de una mujer venezolana: «antes vivía en la miseria. Salí de ahí gracias a Chávez. Ahora que ya no soy pobre, voto a la oposición».⁴²

De esa pasta estamos hechos y este es el poder del miedo.

Por el otro lado, mucho más escandaloso, tanto Jean-Claude Juncker, antes presidente de Luxemburgo y hoy de la Comisión europea, como Jeroen Dijsselbloem, ministro de finanzas de Holanda y presidente del Eurogrupo, han convertido a sus países en auténticos paraísos fiscales, atrayendo a miles de empresas europeas y de otros países a base de ventajas fiscales y subsidios públicos, hasta el punto de que algunas de esas empresas solo tienen en Holanda dirección postal, sin sede siquiera. De este modo han enriquecido a sus países con lo que deberían haber sido ingresos fiscales de muchos otros.

Ahora son países que podrán disfrutar de más igualdad, bienestar y justicia interior que los otros, y presumir de ello como si fueran mejores. Pero no deja de ser inmoral esa justicia hacia dentro que se asienta en una gran injusticia hacia fuera. No tiene sentido querer ser un pequeño país independiente, si lo que se pretende es funcionar así.⁴³

Otra vez, de esta pasta está hecho el ser humano. Y esa es la dinámica de los mercados antes vista, y el resultado de convertir toda la sociedad en un puro mercado. Por eso, como insinúa el evangelista Mateo, es tan imprescindible la presencia del Espíritu en todo lo relacionado con la lucha por la justicia y contra la pobreza.

6. «EN CRISTO JESÚS YA NO HAY VARÓN NI MUJER, OBRERO NI PATRÓN, CREYENTE Y NO CREYENTE» (Gal 3,28)

Esta frase de san Pablo es uno de los mejores resúmenes de todo lo que en la práctica significa la fe en Jesucristo. Un falso espiritualismo se empeñó en explicar que eso era verdad pero «para la otra vida del más allá» (con frecuencia muchos espiritualismos resultan ser, paradójicamente, de lo más materialista). Otro falso izquierdismo parece empeñado hoy en llevarla a la práctica aboliendo la diversidad en una especie de uniformidad «unisex», tan cómoda como aburrida.

El verdadero sentido de la frase es que la diversidad nunca debe ser causa de desigualdad. La diversidad debe ser mantenida porque siempre es enriquecedora aunque resulte complicada de

manejar. No tiene sentido convertirla en fundamento de desigualdad, de modo que, por ejemplo, la mujer gane un 25% menos que el varón, el obrero tenga unos ingresos muy inferiores a los de su patrón, o una entidad religiosa cristiana niegue asistencia a los no cristianos. Tales prácticas equivalen a negar la inclusión (la «recapitulación») de todos en Cristo.

San Pablo prolongará después esa intuición valiéndose de la imagen del cuerpo: no todo ha de ser manos, ni todo ha de ser ojos. La diversidad de los órganos enriquece enormemente al cuerpo, si cada uno funciona como lo que es; pero todos deben ser tratados de la misma manera y, en cualquier caso, cuidando los más débiles.

7. «TIENES ANTE TI LA VIDA Y EL BIEN, LA MUERTE Y EL MAL. TÚ DEBES ELEGIR» (Deut 30,15-19)

Esa frase bíblica es de las que mejor proclaman la responsabilidad del ser humano cuando entra en relación con Dios: nuestra vida está en nuestras manos; podemos realizarla o acabar con ella. Es además una frase dirigida no a individuos aislados sino a toda una colectividad: al pueblo que se prepara para crear una nueva sociedad, liberado ya de la esclavitud.

Y un detalle importante: mientras en el v. 15 equipara la vida con el bien, en el 19 se habla de la vida como «bendición». La bendición es siempre un regalo, uno de esos valores inmateriales que no pueden ser convertidos en valores de cambio: si se la mira de esta otra manera, la vida será vista como apropiación y se convertirá en «maldición» que lleva a la muerte. Sentir la vida como bendición es comprender que no es propiedad mía y que, como escribe Juan Masiá, más que vivir soy vivo: «agradecer que la Vida nos vive, nos vivifica.»⁴⁴ Esta disposición es fundamental para construir la sociedad.

Por eso, la frase bíblica puede aplicarse a nuestra sociedad, y muy en serio, precisamente en lo que afecta a la economía. Solo hay salvación para esta humanidad si construimos eso que se llama una «civilización de la sobriedad

compartida».⁴⁵ El otro miembro del dilema en el cual estamos hoy es una «civilización de la abundancia privatizada» –y armada– que, lógicamente, ha de acabar llevándonos al desastre.

Pero la gran dificultad de esa opción, que en teoría parecería lógica, es que, para alcanzarla, los países ricos del llamado primer mundo deben bajar de su nivel de vida, algo que no están dispuestos a hacer. La pretensión de que todo el mundo llegue a vivir al mismo nivel de los países eufemísticamente llamados «desarrollados», se ha demostrado ya absolutamente inviable, porque implicaría cargarse el planeta, porque carece de recursos para ello.

La otra opción sería entonces la que apuntaba irónicamente *El informe Lugano*, de Susan George: eliminar unos dos mil o tres mil millones de moradores del planeta Tierra que ya no son oprimidos ni simplemente excluidos, sino sobrantes. Así, quizá los países ricos podrían mantener su actual nivel de vida.

Estamos, otra vez, ante una opción «entre la vida y la muerte», entre ser humanos o ser inhumanos. A eso parece llevarnos una mirada a las raíces antropológicas (y teológicas) de la economía.

1. VAROUFAKIS, Y. (2015). *Economía sin corbata. Conversaciones con mi hija*. Barcelona: Planeta. [original en griego publicado en 2013].
2. Un ejemplo lo tenemos hoy en el fútbol: posee belleza, requiere inteligencia, agilidad, sentido de equipo... Pero todo eso ha degenerado en que Neymar «vale» cien millones de euros. «¿Los vale realmente un jugador de fútbol?» preguntaba ya *El Correo catalán* hace 50 años, con motivo del traspaso de Marcial al Barça.
3. «[...] con frecuencia se es hombre sólo de nombre, no de sentimientos. Si yo veo que vivís irracionalmente, ¿como llamaros homes y no bueyes? Si veo que sois rapaces, ¿cómo voy a llamaros hombres y no lobos?» . Citado por GONZÁLEZ FAUS, José I. (2015). *Vicarios de Cristo: los pobres*. Barcelona: Cristianisme i Justícia, pág. 31.
4. PIKETTY, Th. (2014). *El capital en el siglo XXI*. Madrid: Fondo de Cultura Económica. Lo resumi y comenté extensamente el 2015 en *¿El capital contra el siglo XXI?*. Santander: Sal Terrae.
5. Aristóteles trata de ello repetidas veces: en la *Política* (I.1, cap. VII) y también en la *Ética a Nicómaco*. Simplificando, desde la situación de su época, viene a decir que la economía busca ganar dinero a través de la riqueza producida, mientras que la crematística es el arte de ganar dinero a cambio de dinero (la usura). Añade que la primera es para vivir (cabe entender *sobriamente*), mientras que la segunda es para vivir *bien*. Y que la primera da felicidad, mientras que la segunda solo da placer, pero no felicidad.
6. La palabra «superávit» molesta a muchos economistas (porque es un término que pertenece más bien a la contabilidad). Preferirían «excedente» (o incluso «beneficio»), término que tampoco gusta a otros). Sospecho que el original griego dirá *pleonasma*, y que habrá sido elección del traductor.
7. Desde esta mentalidad, no extraña que Volkswagen acabe dando que hablar... pero por otras razones.
8. En Europa, esas migraciones eran más posibles por su forma oblonga que implica una cierta paridad de clima. En África tales migraciones son casi imposibles por su forma vertical, que conlleva diferencias enormes de sur a norte.
9. VAROUFAKIS, Y. (2015). *Op. cit.*, pág. 25. Sospecho que, contrariamente a Varoufakis, muchos economistas dirían que la raíz reside en *el modo* de producción, no en la producción. Y no solo en esta sino en su *apropiación privada*. Pero yo debo citar al autor que expongo.
10. Una visión mucho más extensa (también más optimista), y que puede servir de confrontación con la historia de Varoufakis, la ofrece la monumental obra COMAS, C. (2016). *Poder, economía y valores. Una historia del progreso y sus conflictos*. Barcelona: Ediciones de Belloch.
11. Uso deliberadamente la expresión de Nietzsche, para dejar colgada la pregunta de hasta qué punto hemos degradado hoy su propuesta.
12. Cito este anuncio de la ONCE, que tantos respetos merece, como ejemplo de hasta qué punto hemos asimilado todos esa conversión de los valores espirituales en meros valores de cambio.
13. Cito expresamente algunos ejemplos eclesiásticos porque la honestidad obliga a reconocer la culpa de la institución eclesiástica en esta degradación de valores que estamos comentando: cuando los papas tenían poder político, necesitaban buenos superávits para construir las bellezas del Estado vaticano (o, a veces peor: para pagar alguna guerra con la que conquistar un ducado para algún sobrino suyo...). Ahora que nos acercamos al 600 aniversario de la Reforma de 1517, habrá que dar las gracias a Lutero por haberse rebelado contra el mercado de las indulgencias. Y esperar que alguien coloque en alguna «catedral económica» de hoy unas tesis contra el mercado del trabajo.
14. Karl Polanyi, autor de *La gran transformación*, añadiría que entonces se les obligaba a ir a la fábrica por la fuerza.
15. VAROUFAKIS, Y. (2015). *Op. cit.*, pág. 28.

16. Para otra versión más amplia del mito de Fausto véase GONZÁLEZ FAUS, J. I. (1999). *¿Son cristianas las raíces de Europa?*. Santander: Sal Terrae. Cuaderno, nº 38, cap. 8 (Prometeo y Fausto).
17. VAROUFAKIS, Y. (2015). *Op. cit.*, pág. 60.
18. *Ibidem*, pág. 54. En España hemos sabido últimamente que el rescate de la banca costó al Estado 61.495 millones de euros, y sólo han sido devueltos 2.666 millones (menos del 5%). ¡Ingenuo Zapatero que nos decía que recuperaríamos todo ese dinero!
19. *Ibidem*, pág. 77.
20. *Ibidem*, pág. 79.
21. *Ibidem*, pág. 81-82.
22. *Ibidem*, pág. 85-86.
23. *Ibidem*, pág. 92.
24. Varoufakis evoca aquí la película *Tiempos modernos* de Charles Chaplin, 1936.
25. VAROUFAKIS, Y. (2015). *Op. cit.*, pág. 106.
26. Es la queja que solemos oír cuando los ciudadanos de un país protestan porque los inmigrantes que vienen de lugares más pobres aceptan trabajar en condiciones y salarios injustos.
27. *Ibidem*, pág. 127-128.
28. *Ibidem*, pág. 129.
29. *Ibidem*, pág. 131 [cita de la película *Matrix*].
30. *Ibidem*, pág. 181.
31. *Ibidem*, pág. 178.
32. Ver Oxfam-Intermón, *Una economía al servicio del 1%*, enero 2016.
33. VAROUFAKIS, Y. (2015). *Op. cit.*, pág. 191.
34. Ver todo el análisis en LÓPEZ, Julia (2013). *Injusticia e ineficacia. Un análisis crítico de la reforma laboral*, Barcelona: Cristianisme i Justícia. Colección Virtual, nº 4.
35. Ello no obsta para que la economía pueda servir de las matemáticas: también la medicina puede servir de la química, pero es mucho más que química.
36. Para esa traducción de Gen 3,5 remito al libro BALMARY, Marie (1993). *La divine origine*. París: Grasset. El núcleo de su argumentación es que el conocimiento del bien y del mal es lo que distingue al hombre del animal. El árbol de ese conocimiento es por tanto el árbol de lo humano.
37. He traducido como «sin descanso» lo que otras veces llamamos «corazón inquieto», aludiendo a la célebre frase de san Agustín en sus *Confesiones*. Inquieto es, en castellano, un término demasiado suave comparado con el agustiniano *irrequietum*: en él no se trata de una falta de quietud, sino de una falta de *requies*, de descanso pleno, que nos mantiene más exhaustos que simplemente inquietos.
38. VAROUFAKIS, Y. (2015). *Op. cit.*, pág. 68.
39. Cuando ya la ONU había declarado que no existían pruebas de las armas de destrucción masiva.
40. Véase BOTEY, Jaume (2004). *El Dios de Bush*. Barcelona: Cristianisme i Justícia. Cuadernos nº 126.
41. San Justino, *Apología I*, 14, 2.
42. En *Le Monde Diplomatique*, enero de 2016, pág. 15.
43. Ver en el diario digital *Público*, (2 de febrero de 2016) el artículo de Vicenç Navarro «Lo que no se conoce sobre el dirigente que lidera la campaña de austeridad contra España y Grecia».
44. MASÍ, J. (2015). *Vivir. Espiritualidad en pequeñas dosis*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
45. Como ya es sabido, la frase recoge una formulación de Ignacio Ellacuría, que hablaba más duramente de una civilización de la pobreza.

CUESTIONES PARA LA REFLEXIÓN

1. ¿Entendéis bien los temas de la primera parte: beneficio, dinero, deuda, bancos? Comentadlos entre vosotros a ver cómo los entiende cada cual.
2. De esos factores dice Varoufakis que tienen a la vez «promesas» y «peligros». Enumerad ambos añadiendo otros que veáis vosotros.
3. Discutid sobre las amenazas de la maquinización, los mercados, la destrucción de la naturaleza y el dinero. ¿Estáis de acuerdo? ¿Exagera Varoufakis o tiene razón?
4. ¿Cuál es la diferencia entre sociedad *con* mercado y sociedad *de* mercado? ¿Qué opinión os merece la expresión «mercado de trabajo»? Busca ejemplos de valores de uso o inmateriales convertidos en valores de cambio.
5. Leed despacio el texto de la película *Matrix* de la página 16. ¿Estáis de acuerdo o tal vez os parece exagerado? ¿Por qué?
6. «Civilización de la sobriedad compartida». ¿Estáis de acuerdo en que esa es la única solución que tiene nuestro mundo? ¿Por qué? ¿Conocéis alguna otra solución?
7. Sobre la segunda parte del cuaderno: ¿qué texto bíblico os ha impactado más? ¿Por qué? Seáis o no creyentes mirad de hacer un resumen en pocas líneas que contenga todo el mensaje espiritual que esos textos intentan transmitir. Si eres creyente pregúntate a qué te sientes más interpelado en tu conducta práctica.

Cristianisme i Justícia (Fundació Lluís Espinal) es un Centro de Estudios creado en 1981, promovido por la Compañía de Jesús de Cataluña. Agrupa un equipo de profesores universitarios y especialistas en teología y en diversas ciencias sociales y humanas interesados por el cada vez más indispensable diálogo fe-cultura-justicia.

Los Cuadernos Cristianisme i Justícia (CJ) presentan reflexiones de los seminarios del equipo del centro y trabajos de sus miembros y colaboradores. Pueden descargarlos en: www.cristianismejusticia.net/es/quaderns

Últimos títulos:

185. J. I. GONZÁLEZ FAUS, Una Iglesia nueva para un mundo nuevo; 186. O. MATEOS, J. SANZ, ¿Cambio de época, cambio de rumbo?; 187. S. HERRERA, Atrapadas en el limbo: mujeres, migraciones y violencia sexual; 188. A. CALDERÓN, L. SOLS, Europa, en la encrucijada; 189. J. CARRERA, La revolución de cada día; 190. J. I. GONZÁLEZ FAUS, ¿Dios?; 191. J. SOLS LUCIA, Las razones de Elacuría; 192. X. ALEGRE, J. I. GONZÁLEZ FAUS, J. MARTÍNEZ GORDO, A. TORRES QUEIRUGA, Rehacer la vida. Divorcio, acogida y comunión; 193. O. MATEOS, ¿De la «tragedia» al «milagro»?; 194. CRISTIANISME I JUSTÍCIA, La causa de los pobres, causa de Dios; 195. J. LAGUNA, Pisar la luna. Escatología y política; 196. M. GONZÁLEZ MARTÍN, De la hostilidad a la hospitalidad; 197. J. FLAQUER, Islam. La media luna... creciente; 198. CRISTIANISME I JUSTÍCIA, TERESA CRESPO (ed.), El trabajo: presente y futuro; 199. C. M. TEMPORRELLI, Amigas de Dios, profetas del pueblo; 200. VARIOS AUTORES, Nuevas fronteras, un mismo compromiso; 201. J. I. GONZÁLEZ FAUS, Inhumanos e infrahumanos

La Colección Virtual está formada por cuadernos que, por su extensión, formato o estilo, no hemos editado en papel pero que tienen el mismo rigor, sentido y misión que los Cuadernos Cristianisme i Justícia (CJ). Pueden descargarlos en: www.cristianismejusticia.net/es/virtual

Últimos títulos:

6. J. RENAU, Un salario que corresponda a la dignidad humana y al bien común; 7. J. L. IRIBERRI, Diez barcas varadas en la playa; 8. D. MOLLÀ, Reflexiones sobre «espiritualidad de trabajo» en tiempos de precariedad; 9. A. ARES MATEOS, Inmigración y nuevas encrucijadas. Cómo ser profeta en un mundo diverso; 10. AA.VV., ¿Qué nos jugamos? Reflexiones para un año electoral; 11. J. I. GONZÁLEZ FAUS, Romeros de América

Tiraje: 46.000 ejemplares

N. 201, noviembre 2016

La Fundació Lluís Espinal envía gratuitamente los cuadernos CJ.
Si desea recibirlos, pídalos a:

Cristianisme i Justícia

Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona - Tel. 93 317 23 38
info@fespinal.com - www.cristianismejusticia.net



cristianismejusticia



cjusticia



CristianismeIJusticia